

RIVA PALACIO, UN GENERAL DEL ROMANTICISMO

Por el licenciado Daniel MORENO

Profesor de la Facultad de Derecho
de la UNAM

Vida fecunda por muchos conceptos es la de Vicente Riva Palacio: abogado, historiador, ironista, poeta, novelista, defensor siempre de los más altos intereses del país. Cuando fue necesario empuñó las armas, cuando estimó conveniente usó la ficción, y cuando las circunstancias políticas lo separaron de la vida de mayor actividad, sirvió en la diplomacia.

Nació en México, el día 16 de octubre de 1832, es decir, en los primeros años de la vida independiente, en los momentos en que apagadas las luchas entre las fuerzas virreinales e insurgentes, pronto se encenderían de nuevo en una larga etapa de combate entre las fuerzas internas que pugnaban por reestructurar la nación. Fueron sus padres don Mariano Riva Palacio y doña Dolores Guerrero. Por el lado materno resulta nieto de don Vicente Guerrero, y de él seguramente hereda su amor por la causa de los débiles y su pasión en la defensa de la patria.

Muy joven obtiene el título de abogado, después de haber sido alumno del Colegio de San Gregorio. Pronto, sin embargo, intervendrá en las luchas civiles, sirviendo con los liberales y después, en una secuencia congruente con sus ideas, servirá en las filas de los republicanos en lucha contra las fuerzas imperialistas de Maximiliano. Le toca, pues, mirar de cerca días de gran peligro para el país, por lo que llegado el momento oportuno usará la literatura, sea en prosa, sea en verso, para difundir sus ideas y para servir a la causa de la libertad.

Son muchos los matices de su personalidad. Ahora queremos presentarlo como lo vio el historiador Eduardo Ruiz, en los días difíciles en que la República pasaba horas de desaliento. Se trata del año de 1864 y durante la campaña de Michoacán, visto por el escritor de esas tierras, cuando se encontraba en Zitácuaro, "en la segunda guerra de independencia". Dice Eduardo Ruiz:

"Conocí al general entrada la campaña, rodeado de sus inseparables y viejos ayudantes el coronel Alzati y Jesús Verduzco, y a su ser-

vicio un mozo que se llamaba Abraham. Riva Palacio, como todos los dueños de fincas de labor en México, monta bien a caballo y sabe manejar el corcel; vestía un traje que le era peculiar: su sombrero fieltro de ala ancha, levantada hacia el lado derecho e inclinada hacia el izquierdo; dormán de paño azul con alamares, pantalón ancho y bota fuerte de charol. Cuando iba a pie usaba a veces una capa de paño aplomada de las que entonces llamábamos zaragozas. Es de estatura regular, de vivos movimientos, moreno, y quebrado el escaso pelo que circunda una calvicie prematura. Detrás de los espejuelos chispean de inteligencia los ojos. En aquellos días el general era muy joven, pues rayaba en los treinta años. (*Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*).

Desde la ciudad de Zitácuaro, convertida en cuartel general, Riva Palacio interviene constantemente en la lucha, hasta convertirse en un caudillo popular, con el respeto y la simpatía de sus subordinados; caso extraño si pensamos que estaba muy lejos de ser un militar de oficio. Dirigía lo mismo la fabricación del parque, o bien intervenía en la corte de las piezas para el uniforme de los soldados. Las muchachas de Zitácuaro, declarada heroica y que tenía una larga tradición de luchas libertarias, desde la Independencia, se encargaban de coser los propios uniformes. Esta ciudad, con su profunda raigambre histórica aunada a la ascendencia de don Vicente, debe de haber influido poderosamente para llevarle a escribir una importante serie en la novela histórica y emprender una de las obras de mayor aliento, ya con carácter científico en este capítulo: *México a través de los siglos*. En esta tarea contaría con eminentes colaboradores.

De esta parte de su vida sólo quiero recordar dos hechos que revelan la intuición genial de Riva Palacio cuando se trataba de servir la causa del país. Es el primero la fundación de *El Pito Real*. Se encontraba falto de elementos de guerra, por lo que no se podía combatir con las armas ni con los soldados frente a los imperialistas. "Para satisfacer sus ansias de luchar, dice Eduardo Ruíz, fundó en Huetamo un periódico, satírico, burlón, lleno del calor del patriotismo. Se le puso por nombre *El Pito Real*, que también era el de una danza muy popular". Se trata de un canto patriótico y tenía la siguiente cuarteta.

*Yo no soy de aquí
Soy del Carrizal,
Soy puro chinaco,
No soy imperial.*

En ese periódico los personajes del imperio eran satirizados para gusto y contento de los patriotas. Los ejemplares circulaban por toda la Tierra Caliente y en ciudades ocupadas por las fuerzas interven-

cionistas. Se lo disputaban amigos y enemigos, los primeros para reír, y los segundos para rabiar y destruirlos, aunque en muchos casos eran los mismos agentes de divulgación, pues cuando se ríen de alguno aun sus correligionarios quieren que circulen las noticias.

El segundo hecho se refiere a la creación de uno de los más populares cantos que recorrieron el país, en las voces de los soldados republicanos, como clarines de triunfo. Es "La Mamá Carlota", de la que un crítico tan eminente (?) como Henríquez Ureña ha dicho que se "atribuye" a Riva Palacio. Dejemos que un testigo presencial, nos diga cómo surgió, al encontrarse en Huetamo el autor de *Martín Gatuza* y otras piezas de novela histórica.

"Estábamos ya sentados en la mesa, cuando llegó un correo y entregó a Riva Palacio un microscópico papel enrollado. El general lo desplegó cuidadosamente, se quitó los anteojos y leyó. Ni el secretario ni el teniente coronel Verduzco se atrevieron a preguntar el contenido, pero ambos eran presa de una curiosidad extraordinaria, tanto más que veían que el semblante del general estaba encendido de emoción.

"Comenzó la comida. Y es de suponer que el banquete no duró largo tiempo. El café estaba preparado y se sirvió en tazas de porcelana, cuyo albor se tiñó con ese tinte oleoso, característico del café de Uruapan. Con el humo que se desprendía de la superficie de líquido se alzaba el aroma provocativo. Hacía mucho tiempo que no nos dábamos el lujo de tomar café, ni menos de Uruapan, que dista de Huetamo casi ochenta leguas. Estábamos saboreándolo, no obstante nuestra grande curiosidad de saber las noticias que había llevado el correo, cuando entró un cajista de la imprenta que, como he dicho, tenía allí el Gobierno republicano, bajo el cuidado del constante patriota Gregorio Pérez Jardón. El impresor iba por *original* para *El Pito Real*.

"El general era quien más lentamente paladeaba su café, que nosotros estábamos en ascuas por saber lo del correo, y que el cajista esperaba tranquilo o indiferente el original. Por fin, el general levantándose de la mesa, dijo a su secretario:

"—Ahijado, traiga usted papel y pluma, y escriba lo que voy a dictarle.

"Y sin detenerse, sin meditar, sin cambiar ni corregir una sola palabra, disputándose el lugar las ideas que surgían de su mente, improvisó, mejor dicho, recitó la siguiente composición:

ADIÓS A MAMÁ CARLOTA

— I —

*Alegre el marinero
 Con voz pausada canta,
 Y el ancla levanta
 Con extraño rumor.
 La nave va en los mares
 Botando cual pelota:
 Adiós, mamá Carlota,
 Adiós, mi tierno amor.*

.....

Y las siguientes estrofas, en las que la influencia de Espronceda, el gran poeta español y del mexicano Rodríguez Galván, surgieron espontáneamente y difundieron por Michoacán y varias regiones del país, al mismo tiempo que un canto patriótico, una noticia que venía a señalar el resquebrajamiento de un Imperio, que los más grandes esfuerzos de los elementos reaccionarios no lograron afirmar. Afir-mación que por lo demás era imposible, dado que se trata de una institución extraña al país y servidora de algunos privilegiados frente a los grandes intereses de los hombres que defendían la República”.

Concluye la guerra y el escritor retoma la pluma. Ahora hay que servir a la nación con otros elementos, hay que servir a la literatura nacional. En poco tiempo, de 1868 a 1872 surge una serie de novelas en que la ficción se enreda en algunos hechos históricos. Publica *Calvario y Tabor*; *Martín Garatuza*; *Monja y Casada*, *Virgen y Mártir*; *Las dos emparedadas*; *Los Piratas del Golfo*; *La vuelta de los muertos*; *Memoria de un impostor*, y *Don Guillén de Lampart*, *Rey de México*.

Hay una obra en la que se ve la ironía amable, el respeto hacia el adversario, la estimación personal por encima de cualesquier diferencia ideológica. Se trata de *Los Ceros*, en la que desfilan una serie de personajes de su tiempo, lo mismo liberales, que algunos de los más temibles adversarios, el gran escritor y periodista José María Roa Bárcena, o el terrible Ignacio Aguilar y Marocho, que dirigiera sus más punzantes sátiras en contra de los prohombres de la Reforma.

En el prólogo de *Los Ceros*, dice Riva Palacio: Lector: si yo te hubiera dicho mi nombre al escribir estos artículos, me hubieras calificado, no por ellos sino por mí, porque ya me conoces, pero por fortuna yo también te conozco a ti, no te pongo quien soy, para que no te tomes el trabajo de hablar mal de mí y de mi libro; conténtate de murmurar de él, que yo hago contigo en esto lo que el torero

en los lances supremos: deja la capa y se pone a salvo, y como de esta capa que te digo tengo la seguridad de que no es la del casto José, porque acción tan gloriosa no se encuentra en los anales de mi familia, ni de mí, ni de ninguno de mis ilustres antepasados, quedo tranquilo con la seguridad de que tal resolución no me hará, como al hijo de Jacob, arrastrar el ridículo al través de treinta siglos. En fin, para concluir, voyte lector a poner este epigrama de Marcial:

*Seria puum possim, quod delectantia malim
Scribere, tu causa es, lector amice...*

que no traduzco en verso porque no tengo humor de andar en busca de consonantes hoy que todo el mundo en México anda en busca de negocios con el Gobierno, de subvenciones para ferrocarriles, de concesiones para establecer bancos, de intervenciones de vías férreas, de contratos para colonización y de otras pequeñeces por el estilo que moderadamente puedan dar una rentecilla de diez o doce mil duros anuales; pero estos versos latinos dicen: "si en lugar de ocuparme en escribir como pudiera, alguna obra seria, prefiero estos asuntos de mera diversión, tú tienes la culpa...".

Los anteriores párrafos, además de revelar algunos aspectos de la situación del país por esa fecha, 1882, denuncian también otro ángulo de tan compleja personalidad: su afición por las mujeres; las amó y fue amado por ellas, las cultivó con fruto y siempre se preció de su galantería.

Sus atisbos dentro de la literatura mexicana son notables. Es en la misma obra, *Los Ceros*, en la semblanza de Alfredo Bablot, el artista francés que se radicara en México, donde nos dice: "Cada raza, cada pueblo, tienen que afectarse y que llevar en sí el sello del espíritu de expresar sus sentimientos: los frutos intelectuales de cada raza, de cada pueblo, tienen que afectarse y que llevar en sí el sello del espíritu de esa raza".

Ahí mismo expresa su idea que el tono menor es lo distintivo de nuestra literatura; que después ha sido repetida por muchos. Para completar este perfil dibujado, repetiré otras frases de Riva Palacio, que en esa misma fecha escribiera al señalar por qué escogió unas semblanzas de hombres de distintos partidos: "yo que he presenciado sus esfuerzos para levantar las letras de México, no me avergüenzo de tomar delante de esos hombres que no cuentan con el poder ni la riqueza, un incienso que nunca ha humeado delante de los magnates. Como ese instrumento primitivo de musica que se llama vulgarmente *el arpa del pastor* y que tiene una sola cuerda, así en mi corazón sólo una tengo, y no vibra más que por el cariño; ni el miedo ni el interés han arrancado nunca una sola frase de mi boca. Hoy,

cansado del mundo y harto de desengaños, me da la gana de alabar a los que lo merecen; a aquéllos de quienes nada espero ni nada temo, y con los que la sociedad es injusta mirándolos con indiferencia”.

Mucho habría que agregar sobre tan importante personaje en la política y en las letras mexicanas, fallecido el 26 de noviembre de 1896. Esperemos que en la literatura Clementina Díaz de Ovando, devota del general desde hace algunos años, nos dé pronto múltiples noticias. El escritor y el luchador por México lo merecen.